



## MAL HIJO Y MAL PADRE.

### PARTE PRIMERA.

#### I.

**C**ARLOS VII, gracias al valor de Dunois y al heroísmo de Juana de Arco, había podido al fin espulsar de Francia á los ingleses que hacia muchos siglos poseían no pocas poblaciones, arrebatadas á la cobardía de los reyes de la Galia. Dueño Carlos

después de una lucha larga y sangrienta de su hermoso reino, hubiera vivido en el seno de la felicidad y la calma, si de su mismo palacio no hubiese salido un enemigo cien veces más temible que los hijos de Albion. Hablamos del delfín Luis que apenas contaba veinte años y ya quería reinar, resultando del choque de la ambición del hijo y de la terribleza del padre, lo que vamos á referir á nuestros jóvenes lectores.

Vivia á la sazón el rey en Chinon, entregado á fiestas y placeres, cuando Luis se le presentó una mañana, diciéndole con fingido respeto:

—« Dios os guarde, padre mio; espero que ningún mal os sobrevenga, y creo que no padece detrimento vuestra apreciable salud.

—Ninguna otra cosa me aqueja, gracioso Luis, sino el sentimiento de ver á mi hijo encerrado en su aposento, como si no fuese la gloria de su padre la que se festeja en este momento.

—Señor, si obro de este modo, es porque al lado vuestro no haría otro papel que el del caballero más oscuro.

—Siempre lo mismo, Luis! siempre murmurando.

—Murmurar!.... No lo permita Dios, dijo el delfín inclinándose en señal de respeto..... Pero es triste no tener crédito en la corte, é ignorar absolutamente lo que pasa en un estado que estoy llamado á reír.

—Pon fin á tus lamentaciones, y no olvides que todo lo debes esperar del tiempo y de tu sumisión.

—Mi sumisión es grande, señor, pero el tiempo es largo..... Y luego, habiendo vacado un alto empleo en el ducado de Normandía, propuse á Clermont Tallard.....

—Lo sé, hijo mio, respondió el rey con intención; mas he dado este destino á uno de mis antiguos gentiles-hombres, el cual hará entrar en mi bolsillo el dinero normando, que acaso iría á otra parte si Tallard se hubiera encargado de cobrar los impuestos.

—Vive Dios! exclamó el delfín rojo de cólera; mas reprimiendo semejante movimiento, añadió: respeto vuestros mandatos.

Y se preparaba á retirarse, cuando el rey le detuvo, diciéndole:

—Luis, prométeme que esta noche no permanecerás encerrado en tu cámara; concurre al baile!

—Señor, os juro que esta noche abandonaré mi cámara! »

Al entrar en su aposento, halló en él el príncipe á Clermont Tallard que le esperaba.

—Clermont, dijo con furia paseándose precipitadamente; repíteme lo que hace poco me dijiste.

—Monseñor, el duque de Alençon os ofrece asilo en su buena plaza de Loches, una de las mejor fortificadas que existen en Francia.



- ¿Con qué fuerzas cuenta?
- Con trescientas lanzas y quinientos arqueros.
- ¿Y mi primo de Borbon?
- Monseñor de Borbon sostendrá los derechos del delfin de Francia.
- Clermont, es preciso partir hoy mismo; ¿está todo preparado?
- Todo, monseñor, y solo falta que monteis á caballo.
- Media hora despues, decia Luis alejándose de Chinon:
- En verdad, padre mio, que no podreis quejaros, pues cumplo mi juramento.... En marcha, señores, y Clermont le preguntó:
- ¿A dónde nos dirigimos?
- ¡Al castillo de Loches! respondió el príncipe, y la comitiva se puso en camino.

## II.

Paseábase Luis con el duque de Alençon por la muralla del castillo de Loches, y decia al poderoso magnate:

—En verdad, primo, que no he visto plaza mejor fortificada que esta.

—Ha resistido á los esfuerzos de los ingleses, y es para mí una dicha, monseñor, ofreceros un asilo tan seguro contra el resentimiento del rey.

—Eres muy buen amigo, Cárlos, dijo el delfin, y luego exclamó de repente: primo, ¿no ves una nube de polvo á lo lejos?

—¡Por la cruz del Señor que es verdad! afirmó el duque mirando con atencion; y si no me engaño es tropa del rey.

—¡Por nuestra Señora que si caigo en sus manos soy perdido!

Un capitan de los arqueros del duque se acercó corriendo y dijo:

—Un mercader que recorre las campiñas, acaba de presentarse en la poterna pidiendo se le permita entrar en el castillo.

—¡Que se vaya al infierno! saltó el duque; tal vez será algun espía que viene á examinar nuestras fuerzas. Es preciso despedirle.....

—No, repuso el delfin; tal vez ese hombre nos dé algun aviso útil acerca de la tropa que viene aproximándose.

—¿Pero si es de los suyos? preguntó el duque.

—¿No hay calabozos para los espías?

—Teneis razon, monseñor..... Interrogadle mientras yo me preparo á la defensa.

El duque desapareció bien pronto con el capitan, y apenas

:

entró en lo interior del castillo, mandó que condujesen al mercader á su presencia. Luego que le vió, despidió á los que le habian acompañado, y dijo:

—Habla, Roberto, ¿qué hay? ¿qué es lo que has hecho por mí?

—Monseñor, respondió Roberto, que era un espía del delfin, cuando se supo vuestra partida, reinó en Chinon el mayor tumulto, y nuestro Señor el rey no dudando os preparariais á reclamar vuestros derechos, ha enviado tras vos un destacamento con orden de prenderos.

—Y Clermont ¿en qué se ocupa?

—Luego que os dejó aquí, se dirigió en busca del duque de Borbon, el cual os ofrece un asilo en Moulins: montad, pues, á caballo, monseñor, porque la tropa que se acerca es mucha en número, y no es imposible que la plaza sea tomada por asalto..

En esto estaba la conferencia cuando llegó el duque y preguntó.

—Monseñor, ¿quién es este hombre?

—Un simple mercader que me ha dado muy buenas noticias acerca de esas tropas; déjale, pues, marchar cuando quiera, y veamos si tus arqueros son tan valientes, primo mio, como dice la fama.

Cercado el castillo por las tropas, ya se habia presentado dos veces ante las murallas un heraldo, intimando al duque que entregase al delfin; pero el duque habia rehusado, y á eso de las nueve de la noche, viendo que el príncipe no bajaba, subió á su aposento para contarle lo que pasaba..... ¡Pero cuál no sería su admiracion al ver solo á Roberto!

—¿Tú aquí? le dijo: ¿pues no hay una hora que te he visto salir por la poterna?.... ¿Qué significa esto?

—Significa, monseñor, que el delfin vá á estas horas camino de Moulins.

—¡El delfin se ha marchado! exclamó el duque, y bajó precipitadamente. Cuando llegó á la muralla, el heraldo del rey hacia la tercera intimacion.

—Abrid las puertas, gritó el duque á los suyos; bajad el puente levadizo, y que el jefe de la tropa venga en busca del delfin.

A la mañana siguiente, despues de registrar el castillo escrupulosamente, los soldados del rey fueron á darle parte del ma suceso de su expedicion, y entretanto llegaba Luis á Moulins; pero se vió obligado á buscar otro asilo, y así anduvo de peregrinacion en peregrinacion algun tiempo, hasta que por mediacion del duque de Borgoña se firmó la paz entre el delfin y el rey, volviendo Luis á Francia.



## III.

Habia ya trece años que Luis vivía al lado de su padre, y durante este tiempo devoró tan bien su resentimiento que el rey depuso toda sospecha, ó al menos creyó en su arrepentimiento, aunque nunca quiso darle una sombra de poder. Así es que cuando el delfín presentó al consejo del rey una solicitud para obtener el permiso de hacer un viaje al Delfinado, nadie pensó en oponerse, y Luis alcanzó cuanto apetecía.

Pero apenas llegó á aquel país, convencieron al consejo y el rey de que el delfín se había burlado de ellos; pues trató de ceñirse la corona del Delfinado, soberanía á que le daba derecho su nacimiento. Sin embargo, antes de castigar á su hijo, Carlos aguardó á que espirase el plazo de cuatro meses que le había concedido, y el mismo día fijado para la vuelta del príncipe, inquieto y ajitado el rey, llamó al conde de Dunois, su confidente, diciéndole:

—Al fin nuestro hijo Luis se ha quitado la careta, rebelándose contra nosotros.

—Señor, no condenemos al delfín hasta saber si volverá ó no á palacio.

—No volverá, conde, no volverá, Luis es un mal hijo que no se cuida de mis pesares y que me desea mas daño que mis enemigos de allende el mar.

—Tal vez, Señor.....

—No le defiendas; ¿cómo quieres que califique su conducta, si no la llamo traición?.... Pero yo pondré remedio; toma las armas, conde, y no le guardes miramiento alguno.

—Al delfín, Señor!

—Sí, á mi hijo, yo te lo mando como rey, y te lo suplico como amigo.

—Señor, voy á partir, y castigaré á nuestro rebelde como merece.

Espera, conde, dijo el rey como indeciso, vas á castigar un rebelde; pero no lo hagas con mucha dureza; acuérdate de que es mi hijo.

—No tengais cuidado, Señor, que sereis obedecido.

—Y salió Dunois, dejando al rey bañado en lágrimas.

## IV.

El delfín no tardó en saber las órdenes de su padre, y juzgando sería imposible la resistencia, se disfrazó, dejó el Delfi-

nado, cruzó la Borgoña y llegó á Brabante sin ser conocido.— Al cabo de algun tiempo hallábase una mañana en medio de su pequeña corte hablando de sus esperanzas y de sus proyectos, cuando se le presentó su médico anunciándole que la princesa acababa de dar á luz un niño.

—Por Dios que no podias traerme mejor noticia! dijo el príncipe, y quitándose la cadena de oro que llevaba al cuello se la dió al médico, dirigiendo estas palabras á los caballeros de su séquito: señores, quiero que este dia sea de alborozo y de júbilo; iremos á una cacería y despues de perseguir á los gamos habrá fiesta en palacio.

Una hora despues los cazadores montaron en sus corceles y armados de venablos partieron al son del cuerno.

Al dia siguiente Luis y los suyos se hallaban en la misma sala, cuando anunciaron la llegada de Clermont Tallard. Inmediatamente se trasladó á su gabinete, acompañado del gentil-hombre, al cual dijo:

—¿Has seguido mis instrucciones? ¿has manejado las cosas de suerte que no pueda haber acomodo entre el rey Cárlos y el delfin de Francia?

—Monseñor, siguiendo vuestras instrucciones, hablé al rey vuestro padre, el cual sin dejarme acabar el discurso que llevaba preparado, me mandó que saliera de Francia en el término de ocho dias. Sin embargo, he permanecido en ella el tiempo necesario para saber que el rey de Hungría ha pedido en matrimonio á vuestra hermana la señora Magdalena, y para proporcionarme una copia del acta, en la cual no se hace mencion de monseñor el delfin.

Luis temblando de furor tomó la copia que le presentaba su confidente, y despues de leerla exclamó:

—¡Ira de Dios! ¡con que mi padre quiere burlarse de mí!.... pues bien, á un matrimonio tan insolente, un bautismo que no lo será menos..... Clermont, dí á los señores que se encuentran ahí que los convido al bautismo de mi hijo, y dispon lo necesario para que esta ceremonia se verifique mañana.

—¿Sois padre, monseñor?

—Sí, y mañana será bautizado mi hijo con el nombre de duque de Normandía, como si fuese hijo primogénito de un rey de Francia.

Así sucedió en efecto, y el tierno infante tomó el nombre de duque de Normandía, como si ya estuviera vacante el trono de San Luis.

## V.

—Y bien, conde, dijo á Dunois Cárlos VII cuando supo semejante bautismo; ¿qué piensas de esto?



—Que el delfín ha querido vengarse de que no se haya hecho mencion de él en el acta de matrimonio de la señora Magdalena de Francia.

—Si esto solo le hubiera guiado, le perdonaría; pero veo una intencion oculta.

—¿Qué quereis decir, Señor?

—No ves que es atentar á una de mis prerogativas mas inviolables bautizar á su hijo bajo el nombre de duque de Normandía?... Es necesario, pues, que confie en mi pronto fallecimiento.

—Vos morir cuando os hallais tan robusto y tan sano?

—Conde, no hay salud que no pueda destruir el veneno.

—El veneno? repuso Dunois con indignacion.... ¿Y cómo lo intentaría el príncipe hallándose tan lejos?

—Luis es astuto y sagaz, y buscará los medios de envenenar mis alimentos.

Dunois quiso disuadir al rey de su idea; pero este se afirmó en la creencia de que su hijo pensaba envenenarle y llegó á desconfiar de todos en tal extremo, que cuando le servian la comida, despedia á todos sus servidores, y arrojaba los alimentos en una pequeña habitacion que se hallaba debajo de su cámara. De sus resultas comenzó á enfermar, y á los ocho dias de no probar alimento, le acometió una especie de rabia y se revolcaba en su lecho, pidiendo de beber. Dunois, que estaba á su lado, le presentó un vaso de agua, el rey lo tomó, y tirándolo de repente, dijo al conde mirándole con estraviados ojos:

—Traidor! ¿quiéres envenenarme?

Entonces comprendieron todos la causa de la enfermedad del monarca, y temiendo por su vida, sus mejores amigos y servidores hicieron grandes esfuerzos para decidirle á que tomase algun alimento; mas todo fué inútil, pues Carlos se obstinó en no comer.

## VI.

Despues del bautismo que habia herido tan profundamente á Carlos VII, la pequeña corte del delfín se entregó al placer y la alegría, y mientras el padre agonizaba en su palacio, el hijo vivia en Brabante en medio de los festines y el bullicio. La caza sobre todo era su diversion favorita, y un dia que se hallaba con los caballeros de su séquito entretenido en cazar con pájaro á lo largo de un rio, suelto el alcon seguia de cerca á una garza, descendiendo si esta descendia y remontando su vuelo tras ella. Ya la pobre garza iba á ser presa del alcon, y todos observaban con interés la lucha de los dos pájaros, cuando vieron llegar rienda suelta á un jinete que iba haciendo señas á fin de llamar la

atención de los cazadores. Luego que Luis lo divisó, exclamó olvidando la caza:

—Por Dios que es mi fiel Roberto! sin duda hay novedades en Francia.

Roberto llegó á la sazón, y dijo:

—Señor, el rey ha fallecido: los Señores de Borbon y Orleans vienen encargados en daros la noticia; pero yo he querido ser el primero.

—¡Ha muerto mi padre, exclamó Luis, con muestras de alegría; y luego descubriéndose añadió con hipocresía:

—¡Que Dios reciba su alma!.... Fundaremos una misa anual por su reposo..... Señores, el rey ha muerto!

—¡Viva el rey! gritaron los caballeros con entusiasmo.

Un mes despues hallabase Luis en Reims, donde fué consagrado y reconocido por rey bajo el nombre de Luis XI, y toda la nobleza, como asimismo los embajadores de los cuatro príncipes de Oriente, festejaron el advenimiento al solio del que despues de ser mal hijo, no debía ser mejor padre.

#### PARTE SEGUNDA.

##### I.

Hacia ya cerca de tres años que el rey Luis XI fué consagrado, cuando una mañana dijo á Carlota de Saboya, su esposa:

—Señora, en mi reino pasan cosas extrañas; algunos vasallos se han rebelado contra mí, y en nombre del bien público han formado una liga que puede ser peligrosa.

—¿Qué quereis decir con esto, monseñor? preguntó Carlota temblando.

—Quiero decir, señora, que cuando yo solo era delfin, mi interés exijia que estuviéseis á mi lado, ahora este mismo interés exige que os alejeis de la corte.

—Pero, señor, no comprendo cómo mi presencia....

—Escuchad, señora; vuestro hermano de Saboya es aliado del Bourguignon, principal motor de la liga formada contra mí, y vuestro hermano podría aprovecharse de vuestra estancia en la corte para... En fin, pronto saldreis con buena escolta para el castillo de Amboise, de donde no saldreis sino de orden mia...

—¿Con que es decir, que teneis sospechas de mí, y me dais á Amboise por prision?

—Señora, dijo Luis en tono severo, gracias á Dios reino en Francia, y todos deben obedecerme.



—Señor, no será la reina de Francia la que dé el ejemplo de la rebelion... os obedeceré; pero no intenteis privarme de mi hijo, porque...

—¿Y quién piensa en separaros de ese niño? Residirá con vos en el castillo que os designo por morada, y mas tarde os manifestaré la educacion que quiero darle... Partid, pues, y Dios os guarde.

—¿No abrazaís á vuestro hijo antes que partamos? preguntó la reina presentándole el pobre Carlitos, asustado al ver el umbrío rostro de su padre.

—Basta, señora, respondió bruscamente el rey separando al niño que le presentaban; obedeced, y os conservaré mi amistad.

La reina se retiró tristemente, y luego que entró en su aposento, rompió á llorar, cubriendo de besos á su hijo.

—¡Por Cristo que la reina está loca! exclamó Luis cuando se vió solo; ¿pues no piensa engañarme?... ¡desgraciada de ella si conspira!... Pero nó, al niño es á quien temo.... Si los señores insurrectos se apoderasen de él, harían lo mismo que con mi hermano para lograr sus fines, y entonces...

Dichas estas palabras, quedó profundamente pensativo, y despues añadió, como herido de una reflexion repentina:

—Un delfin puede ser perjudicial, y hartó lo se yo por experiencia.

Dos horas despues, siguiendo las órdenes de su réjio esposo, la reina Carlota salió de Plessis-les-Tours, donde á la sazón se hallaba Luis, y se dejó conducir á Amboise, en cuyo castillo la encontraremos mas tarde en compañía de su hijo.

## II.

Entre tanto, la liga se hacia mas poderosa, y cercado Luis de enemigos dentro de su mismo reino, la rebelion á que él mismo dió ejemplo en el reinado de su padre, servia en aquel momento de castigo á su pasada conducta. La traicion, á la cual él protejiera, colmó la medida del castigo, y el mismo duque de Alençon que dió asilo al rebelde delfin, como hemos dicho en la primera parte de esta historia, fué traidor al rey Luis XI, entregando á los coligados todas las plazas que poseía en Normandía, y el formidable castillo de Alençon.

Furioso Luis, resolvió vengarse del duque, y para ello sitió á Alençon con un ejército respetable; pero la plaza estaba bien fortificada y provista de víveres, y aunque el rey dió varios asaltos, siempre fué rechazado con pérdida de los sitiadores. Viendo pues que era imposible tomar el castillo á viva fuerza, acudió á la astucia, que era su remedio favorito, y

procuró ganar á algunos oficiales del duque; mas esta tentativa le salió mal tambien.

Entonces, habiendo sabido que René, hijo del duque de Alençon, cansado de estar encerrado habia salido del castillo solo y sin armas, disfrazado de arquero, comisionó á un destacamento para que le prendiese, porque acostumbrado el rey á aprovechar cuantas circunstancias pudieran serle útiles, no quiso dejar escapar esta.

Preso René, fué conducido á la tienda del rey, y allí estuvo muchas horas sin que nadie le dijera una palabra. Era lo peor que desde el dia anterior no habia comido, y de cuando en cuando pasaba por delante de él el cocinero del rey, acompañado de sus acólitos, con manjares cuyo vapor avivaba su hambre, sin que nadie se ocupase del pobre jóven. Al fin un hombre vestido de negro lo llevó á donde estaba el rey, el cual le dijo cortesmente:

—Dios guarde al señorito; os he hecho esperar algun tiempo, pero ha sido para recibiros como mereceis. Sentáos á esa mesa, y cobrad fuerzas para sufrir con valor la suerte que os espera.

Al oir René estas últimas palabras, creyó que habia llegado su fin, y respondió con altanería:

—No necesito esos alimentos para tener valor: cualquiera que sea mi suplicio, lo soportaré como caballero noble y valiente.

—Con todo, bueno será que honreis mi mesa, dijo el rey, y dejó solo al doncé, que como le aquejaba el hambre, no permaneció ocioso delante de una mesa tan bien servida, y aunque pensaba en la muerte, no dejó de dar buena cuenta de los succulentos manjares.

El rey dió libertad á René, y apenas este entró en el castillo, su padre le encerró en un calabozo, en castigo á su desobediencia. El doncé devoró en silencio su cólera, y el mismo dia en que fué puesto en libertad de órden del duque, se puso de acuerdo con el rey secretamente para darle entrada en el castillo, en cuyas almenas flotaba al dia siguiente la bandera real.

Condenado á muerte el duque de Alençon por sentencia del parlamento, el dia en que debia ser ejecutado, solicitó hablar al rey, al cual dijo en presencia de toda su corte:

—No vengo á solicitar mi perdon, sino á rogaros que me escuchéis.... Señor, cuando solo érais delfin, disteis el ejemplo de la rebelion, y desde que sois rey habeis visto que vuestra leccion no ha sido perdida; vos me habeis enseñado á ser traidor, y yo os he hecho traicion á mi vez; pero os habeis vengado de mí, dándome otra leccion, que tampoco será inútil... Habeis



enseñado á mi hijo cómo se vende á su padre, y René es el que me lleva al cadalso... Mi última plegaria cuando me vea cara á cara con el verdugo, será, monseñor, que vuestro hijo me vengue de todo el mal que me habeis causado... Ya estoy dispuesto á morir; marchemos pues.

—¡Soldados, deteneos! gritó el rey pálido y ajitado; y luego continuó: queda revocada la sentencia, y que el duque sea conducido á la prision del Louvre... En cuanto á nosotros, preparémosnos á partir.

—¿Para le Plessis-les-Tours, señor? preguntó un gentil-hombre.

—No, para el castillo de Amboise, dijo el rey horriblemente ajitado.

### III.

Cárlos entre tanto crecía al lado de su madre en el castillo de Amboise; pero el pobre niño no era dichoso, porque no tenía otros juegos ni otro paseo que el patio del castillo. Tratábasele como prisionero de estado, y se espiaban todas sus acciones como las de un hombre osado y emprendedor; de suerte que de cuantas personas se presentaban para visitar á la reina y al delfín en su soledad, muy pocas obtenian el permiso de llegar hasta ellos.

Entre los que visitaban á los ilustres prisioneros, hallábase el duque de Orleans, tio de Cárlos, y á quien este quería mucho, porque le contaba escenas de batallas y de torneos y se compadecía del pobre niño. Sin embargo, las visitas del duque cesaron repentinamente, y una tarde en que Cárlos, triste y aburrido, se hallaba junto á su madre, le dijo esta procurando distraerle:

—¿Qué tienes, Cárlos, y por qué estás tan triste?

—Porque me aburro en este castillo, del cual no puedo salir, y porque ya hace tres meses que no he visto á mi tio.

—Quizá alguna orden severa...

—¡Una orden! ¿y quién puede mandar á mi tio que no me vea?

—No lo sé, respondió la reina, un poco turbada al oir esta pregunta.

—¿El rey mi padre?

—Cárlos, yo no he dicho eso, esclamó la reina mirando en torno suyo con inquietos ojos.

—Sí, repuso el niño; solo el rey puede dar órdenes á mi tio el duque de Orleans... ¡Qué infeliz soy! ¿Pero qué he hecho yo á mi padre para que me trate de esta manera?

—Calla, Cárlos, calla si no quieres que tambien den orden para que te separen de tu madre.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando se alzó la tapicería y entró un hombre sin pedir permiso.

—¿Quién se atreve á presentarse de este modo delante de mí? exclamó la reina indignada.

Cárlos se levantó, y lanzando un grito de sorpresa, se precipitó en brazos del que acababa de entrar tan bruscamente.

—¡Es mi tío, mi tío el de Orleans! exclamó en el colmo de la alegría.

—¡Silencio, niño, silencio! dijo el duque, y volviéndose á la reina, añadió: Dios os guarde, señora.

—¿Qué hay? preguntó Carlota asustada al notar el sobresalto del duque.

—Nada que yo sepa, señora; pero he querido ver á monseñor el delfín á pesar de que me está prohibido, y para esto he tenido que disfrazarme y venir en secreto á este sitio, donde tal vez me descubran los espías del rey.

—Nada temais, señor duque, dijo la reina; nadie puede entrar en mi cámara sin mi permiso; y solo al rey le es dado hacerlo; pero le creo harto ocupado en sus asuntos para que venga á visitarnos.

Animado con estas palabras de la reina, el duque se entregó abiertamente al placer que sentia al hallarse al lado del delfín; y nosotros dejaremos á estos tres personajes en el aposento de Carlota de Saboya, para volver al lado de Luis XI, á quien dejamos disponiéndose á partir para Amboise.

#### IV.

Apenas se llevaron los soldados al duque de Alençon, retiróse Luis á su aposento, presa de horrible agitacion, y paseándose precipitadamente, decía con voz ronca:

—La predicción de este hombre me ha asustado, porque quién sabe si mi hijo.... pero no, esto es imposible... ¿Qué puedo temer de un niño encerrado en un castillo, lejos, muy lejos de mí?... ¿Pero y si el duque de Orleans ha infringido mis órdenes, y continúa visitándole?... ¿no puede darle malos consejos?....

Entregado á estos pensamientos, y sin poder olvidar las palabras del duque de Alençon, no durmió en toda la noche, y apenas era de día partió para Amboise, con una escolta bastante respetable.

Pocos días despues llegó á la poblacion, y dejando su gente en una hospedería, se encaminó solo hacia el castillo, esperando sorprender á todo el mundo y ver mejor lo que dentro de sus muros pasaba.



—¿Qué sucede por aquí, conde? preguntó el rey al alcaide luego que se avistó con él.

—Nada de particular, señor, pues en todo seguimos vuestras órdenes. Monseñor el delfín vive en la ignorancia de lo pasado, y no puede adivinar el porvenir.

—Bien, conde; ¿y de visitas?

—Son muy raras, señor, y solo admito á las personas que me indica V. M.

—Perfectamente: ¿y el duque de Orleans?

—Hace tres meses que no ha vuelto, y creo no está en ánimo de infringir las órdenes de V. M.

—Soy del mismo modo de pensar: ahora conducíme al aposento de la reina, que quiero ver lo que hace, oculto tras de la mampara.

Acompañado del alcaide del castillo, Luis penetró en silencio hasta la puerta de la cámara de la reina, y allí se detuvo observando lo que pasaba dentro. Carlos estaba sentado en las rodillas de su tío, el cual le enseñaba un manuscrito soberbio.

—Tío, ¿es para mí este libro? preguntaba Carlos abriendo tanto ojo.

—Sí, Carlos, respondió el duque, porque algun día serás rey, y en esta crónica podrás aprender todo lo que ha sucedido en Francia hasta el reinado anterior.

—¿Y cómo, preguntó Carlos con pena, si no sé leer las letras que aquí están escritas?

—Será preciso que lo aprendas, Carlos, pues importa conocer el pasado para trabajar en bien del reino.

—¡Ira de Dios! exclamó el rey alzando la tapicería; cualquiera que os oyese creería que Luis XI ha muerto; pero pronto os haré ver que no es así.

A tan brusca aparición, todos se levantaron, y la reina se apoyó temblando en el espaldar de su asiento, mientras el duque bajaba la cabeza como si esperase la muerte, y Carlos dejaba caer el libro que tenía entre las manos.

—¡Por Cristo, continuó el rey pálido de cólera, que suceden aquí cosas muy buenas; pero yo pondré enmienda.

Dicho esto, recojió la crónica y dándola al alcaide, que temblaba en un rincón, le dirigió estas palabras:

—Tomad, conde, y esperadme en vuestro aposento, donde no tardaré en veros, porque tenemos que ajustar una cuenta.

El conde salió con la cabeza baja, y el rey dijo al de Orleans: —En cuanto á vos, partid para Orleans al momento, y esperad allí mis órdenes. Aun estoy vivo, y algun noble par puede bajar á la tumba antes que Luis.

El duque se retiró lanzando una mirada compasiva á la reina y al pobre niño.

—¿Por qué temblais, señora? dijo el rey volviéndose á Carlota.... sentaos, y no olvideis que mañana teneis que salir para el Delfinado.

—¿Sin mi hijo? preguntó la reina con angustia.

—Sin vuestro hijo, respondió el rey con sequedad; y arrancando de los brazos de la madre al niño, abandonó la estancia sin mirar siquiera á su esposa.

Algunas horas despues, cuando apenas clareaba el dia, Luis dejando al conde encerrado en un calabozo, tomó el camino de Plessis-les-Tours.

## V.

Todo el tiempo que Carlos vivió al lado de su padre en el castillo de Plessis, estuvo entregado á favoritos del rey, los cuales, como este último deseaba, dejaron al delfin en la mayor ignorancia. Muchas veces se encontró Carlos cara á cara con su padre, y procuró ganar su cariño; pero todos sus conatos fueron inútiles, pues si alguna vez el rey se dejaba llevar de un sentimiento de ternura, á poco volvía á su dureza, y rechazaba á Carlos sin piedad.

Al fin cayó enfermo Luis, y Carlos solicitó verle; mas no pudo conseguirlo.

—Ocultémosle mi estado de debilidad, se decia Luis XI á sí mismo; esto sería hacerle gustar las delicias del mando, y quiero que solo piense en la corona cuando yo haya fallecido.... si muero! añadió al instante, porque á pesar del mal estado de su salud, temia á la muerte, y su conciencia le acusaba de tantos crímenes, que tenia miedo que se acercase el momento en que le sería preciso dar cuenta de su conducta.

Aunque enfermo, se levantaba todos los dias, y arrodillado ante un reclinatorio, se encomendaba á todos los santos, pero los santos eran sordos á sus ruegos, y dejaban obrar á la naturaleza, la cual le empujaba hácia el sepulcro.

Un dia se sintió mas débil que nunca, y creyendo se acercaba su última hora, se decidió á llamar á su hijo, el cual entró en la cámara con el rostro bañado en lágrimas. El rey se hallaba tendido en una cama de respeto, y el médico seguía con ansiedad todos los movimientos de la vida que iba extinguiéndose poco á poco.

Cuando Carlos entró, precipitose hácia su padre, cuya mano quiso cojer; pero este le rechazó con aspereza, diciéndole:

—Carlos, déjate de llores en que no creo, pues conozco muy bien la alegría que debe experimentar un delfin al ver acercarse el momento de ceñirse la corona.

Conmovido Carlos, quiso hablar, pero el rey le interrumpió.

—Si llego á pasar á mejor vida.... lo que todavía no es segu-



ro..... la corona de Francia será tuya, y entonces tendrás necesidad de mis consejos: toma pues este libro que he escrito expresamente para tí; es mi *Rosario de guerras*, y ojalá puedas meditarlo mucho antes de hacer uso de él!

—¡Padre mio! exclamó Carlos; permitid al menos que en este instante supremo estreche vuestra mano en las mías; no me rehuséis una caricia cuando.....

—Carlos, ya te dicho que no creo en tu dolor.

Luis hizo una seña, y el heraldo de armas que se hallaba á la puerta, le llevó la corona real, que el rey estrechó convulsivamente enseñándosela á su hijo.

—Será tuya, Carlos..... Pero mas tarde..... cuando yo esté.....

No pudo decir mas y cayó sin conocimiento. El médico se inclinó entonces, y despues de escuchar los latidos de su corazón, dijo con voz grave volviéndose al heraldo que esperaba en la puerta:

—El rey ha muerto!

Carlos se precipitó hácia su padre, cuya mano cubrió de besos, y dirigiéndose el heraldo á los que se hallaban en la cámara inmediata, repitió este grito tres veces:

—¡El rey ha muerto!

—¡Viva el rey! respondieron los señores.

Carlos VIII subía al trono y Luis XI descendía á la tumba.

De este modo el rey que apresuró la muerte de su padre con sus continuas rebeliones, pasó su vida entregado al temor, y murió sin creer en la ternura de su hijo, por lo mismo que él, culpable y traidor, ni respetó al autor de sus días, ni fué sensible al cariño paterno.

---

## HISTORIA SAGRADA.

---

### REINO DE ISRAEL.—REINO DE JUDA.

#### I.

#### El profeta Elias.

Por aquel tiempo un vecino de Galaad llamado Elias, dijo á Achab:

«Durante los años que van á correr, no caerá lluvia ni rocío hasta que mi boca lo ordene.»

El Señor se apareció entonces á Elías y le dijo:

«Retírate de aquí: vete hacia el Oriente y ocúltate en la orilla del torrente de Carith, frente al Jordan; allí beberás agua del torrente, y los cuervos te llevarán la comida.»

Elías partió y se encaminó al sitio designado, al cual le llevaban los cuervos por la mañana y por la tarde pan y carne; pero como no había llovido se secó el torrente.

Entonces el Señor dijo á su profeta:

«Vé á Sarepta, ciudad de Sidonia, y reside en ella, porque he mandado á una viuda que te mantenga.»

El santo varon partió para Sarepta, y cuando llegó á las puertas de la ciudad vió á una mujer ocupada en recoger leña, á la cual dijo:

«Dadme un poco de agua para refrescarme, y pan para sostener mis agotadas fuerzas.»

—¡Ay! ¡no tengo pan! solo poseo en un puchero tanta harina como cabe en la palma de la mano, y en un vaso algunas gotas de aceite. Vengo á recoger aquí pedazos de madera para preparar el alimento de mi hijo y el mío, despues de lo cual solo nos resta morir.

—Nada temais, repuso Elías: con la harina que teneis haceis un pan y cocedlo en la ceniza: en seguida me lo dareis, y luego amasareis para vos y vuestro hijo.

«Hé aquí lo que dice el Señor, Dios de Israel:

«La harina que hay en ese puchero no faltará y el aceite que el vaso contiene no disminuirá hasta el día en que el Señor haga caer la lluvia sobre la tierra.»

Esta mujer se fué, y obedeció las órdenes del profeta.

Desde entonces la harina y el aceite se aumentaron hasta poderse mantener con ella la viuda y toda su familia.

Algun tiempo despues, el hijo de la viuda cayó enfermo, y pronto exhaló el último suspiro.

La pobre mujer se dirigió al santo varon y le dijo:

«¿Para qué habeis venido á mi casa? ¿para hacer que muera mi hijo en castigo de mis pecados?»

—Dadme vuestro hijo, respondió Elías.

Llevólo al cuarto donde se albergaba, le colocó en su lecho, y despues imploró al Señor diciendo:

«Dios mío, tened piedad de esta honrada viuda que me dá de comer.... ¿Por qué la habeis herido con tanta crueldad en su hijo, su único bien en este mundo? Haced, Dios mío, que el alma de este niño vuelva á su cuerpo.»

El Señor acogió la plegaria del profeta, y el niño resucitó, adorando su madre á Dios, cuyo poder y bondad conoció entonces.